

Fugitiva y presente, Madre.

Eiffelina París



Capítulo 1

Quedo en silencio para escuchar el latido del grande, ese que alguna vez escuché... No puedo oír nada porque hay ruido en todas partes, en los pedazos que se caen, en los que ya son escombros, en los que aún están desmembrando mi alma. El burdo sonido, desordenado, es atroz, más aún peor es el silencio fugitivo, escondido, el silencio no hallado ni en la perplejidad de un reloj que ha detenido su marcha. Los eventos se suceden a velocidades celosas de la luz, muchas veces, más rápidas, más las resacasas sensaciones son densas plumas suspendidas en el entramado del tiempo, cayendo a través de él, atravesándolo hasta llegar a mi. Tu cuerpo se fué, TU, la mujer que dió todo pero nunca pudo decirme nada, y yo quede abrazándote en el abrazo que siempre imaginé pero nunca materialice. Trate durante años de sanarme, de sanarte, de sanarnos, y aquí estamos, ultrajados por la perfidia del destino desafortunado, aunque siempre sabio. Gracias por el amor que conoce formas, nadie te dijo que no podías amar como habías amado, o si???, entonces, amaste como supiste, como fuiste, como erraste, como sentiste, como tapaste. Te odie tanto en cada entramado no dicho de nuestra realidad desdibujada, más cual bárbaro conquisté las tierras de los tiempos añejos portadores de la verdad. Busque amarte en cada casa, en cada amigo, en cada cosa, en cada acción, en cada hombre, en cada mujer y no me di cuenta de cuanto te amaba ya disfrazado de rencores no dichos. Fuiste fuerte, fuí fuerte, la fortaleza fué mi legado. Me transporte a otro planos para comunicarme con vos y, fue ahí, justo ahí cuando te fuiste... Sin embargo, te amé más que antes, me fundí en todos los abrazos no dados, hablé en todas las lenguas no dichas para decirte eso que era necesario decir y, muy a pesar del acerbo de esos días, estuvimos más juntos que durante toda una vida. Hoy ya no recibo tu llamado, hoy ya nadie me espera en la cita a la que nunca acudía, hoy ya no hay ser que me ame enfermizamente más que nadie nunca jamás, hoy ya no me cuestiono acerca de cómo llamarte, hoy te busco en este plano sin encontrarte y aunque la densidad me rompe en la más profunda de las soledades, te encuentro allí, donde nada muere, porque nada muere realmente, porque estamos fundidos en la existencia de todos los momentos, unidos con el pegamento del amor... Perseguí la perfección sin darme cuenta que no existía, fuí eso para vos y, aún así, no pude rescatarte y te extraño tanto en el puto silencio que tanto persigo sin poder encontrar. Me auto impuse todas las culpas y, al dejar la mochila, caí en cuenta de que muchas vértebras se me habían fracturado, entonces debo estar inmóvil, inmóvil para sanar y erguirme otra vez en la contemplación del todo. Gracias por dedicarme tu alma, perdón por las barrera autoimpuestas que tanto me costo franquear, siempre fuiste fugitiva de los roles, actuando el que más te gustaba y te consagró como mejor actriz: la más grande de las madres que se haya podido tener.